

☆ MEJOR ES MATAR

DESSEOS NO CUMPLIDOS.

DISCO

REVISTA LITERARIA



BUENOS AIRES

Nº 10

A UN NIÑO EN SU CUNA,

QUE ALIMENTAR

DISCO

REVISTA LITERARIA

Dirige: J. R. WILCOCK

BUENOS AIRES
JUNIO DE 1947

DISCO

REVISTA LITERARIA

REDACCION: MONTES DE OCA 715

TEL. 26 - 2081

BUENOS AIRES

SUSCRIPCION ANUAL \$ 10 M/Arg.

Talleres Gráficos 'INDEX' — Solís 1405 — Buenos Aires

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

LOS PERROS MUSICALES

Recuerdo un incidente de mi juventud; en esa época yo me encontraba en uno de esos beatíficos e inexplicables estados de exaltación que todos habrán conocido cuando niños; todavía era un cachorro, todo me gustaba, todo me interesaba. Creía que en torno de mí ocurrían cosas importantísimas; que yo debía dirigirlas y anunciarlas; que esas cosas pasarían tristemente desapercibidas si yo no corría y agitaba la cola para proclamarlas — fantasías infantiles que huyeron con la edad madura; pero en esa época su poder era muy grande, y me fascinaba totalmente. Algo ocurrió entonces, algo tan extraordinario que parecía justificar mis locas esperanzas. En realidad no era demasiado extraordinario; muchas cosas parecidas he visto desde entonces, y cosas más asombrosas aún; pero en esa época me conmovió con toda la fuerza de una primera impresión, una de esas impresiones que no se borran jamás y que influyen gran parte de nuestra conducta posterior.

Me encontré con un grupito de perros; mejor dicho, no los encontré, aparecieron frente a mí. Yo había esta-

do corriendo en la oscuridad, lleno de presagios de grandes acontecimientos; yendo y viniendo, ciego y sordo para todo, dirigido solamente por un vago anhelo. De pronto me detuve, con una sensación de hallarme en el lugar propicio; alzando la vista, advertí que hacía un hermoso día, apenas brumoso, y que me rodeaba una confusa mezcla de olores embriagadores. Saludé la mañana con un ladrido incierto, y de pronto — como si los hubiese conjurado —, desde algún lugar oscuro, acompañados por los sonidos más terribles que jamás había escuchado, siete perros entraron en la luz. Si yo no hubiera visto claramente que eran perros, y que ellos mismos producían esos sonidos — aunque no pude descubrir cómo—, habría huído inmediatamente; pero me quedé. En esa época yo no sabía casi nada de ese poder creador musical que solamente la raza canina posee, y que hasta entonces había eludido el lento desarrollo de mis facultades de observación; en efecto, aunque la música me había rodeado desde la primera infancia como un elemento indispensable y perfectamente natural de la existencia, un elemento que nada me impelía a diferenciar del resto de la existencia, mis mayores sólo me la habían señalado mediante insinuaciones adecuadas al entendimiento infantil; por eso mismo me parecía tan asombrosos, tan devastadores, esos siete artistas de la música.

No hablaban, no cantaban; todos permanecían en silencio, en un silencio casi voluntario; sólo del aire con-

juraban la música. Todo era música, el alzarse y posarse de sus patas, ciertos movimientos de la cabeza, su forma de correr y de detenerse, las posiciones que tomaban los unos con respecto a los otros; los simétricos diseños que formaban al apoyar cada perro sus patas sobre el dorso del otro, hasta que el primer perro soportaba el peso de los otros seis; y cuando todos se echaban al suelo y se movían en complicadas y concertadas evoluciones. Ninguno hacía un movimiento falso; ni siquiera el último perro que aunque parecía un poco inseguro y a veces no establecía un contacto inmediato con los demás, o casi titubeaba al marcar el ritmo, sólo resultaba inseguro por comparación con la soberbia seguridad de los otros; y aún si hubiera sido mucho más inseguro, o totalmente inseguro, no se habría notado, tan inconvencional era el ritmo que mantenían los demás, verdaderos grandes maestros.

Quizá fuera mucho decir que los vi, que realmente los vi. Surgieron de alguna parte, e íntimamente saludé su aparición como si fueran perros; aunque me sentía profundamente confundido por los sonidos que los acompañaban, puedo asegurar que realmente eran perros, perros como ustedes y como yo; por la fuerza de la costumbre, los consideré simplemente como perros que uno encuentra en el camino, y deseé acercarme a ellos, intercambiar saludos; además, estaban bastante cerca. Eran perros mucho mayores que yo, es cierto, y no de mi raza lanuda, de pelo largo; pero en forma y

tamaño no eran tan diferentes de mí, y hasta diría que me eran muy familiares, pues ya había visto muchos perros iguales, o similares. Sin embargo, mientras yo estaba todavía absorto en estas reflexiones, la música se apoderó gradualmente de mí, me dejó casi sin respiración, y me arrastró muy lejos de la realidad de esos perritos: muy a pesar mío, mientras aullaba como si me infligieran alguna tortura; mi mente no podía atender sino a esa ráfaga de música que parecía provenir de todos lados, de las alturas, de las profundidades, de todas partes, aferrando al oyente por la cintura, vencéndolo, aplastándolo, y blandiendo sus fanfarras sobre su cuerpo desfalleciente, tan próximas que parecían lejanas y casi inaudibles.

Luego siguió una tregua; porque yo estaba ya demasiado exhausto, demasiado aniquilado, demasiado débil para continuar oyendo; siguió una tregua, y pude contemplar otra vez los siete perritos que proseguían sus evoluciones y sus saltos; quise gritarles, a pesar de su indiferencia, rogarles que me esclarecieran, preguntarles que estaban haciendo — yo era una criatura y creía que podía preguntar cualquier cosa —; pero apenas había empezado, apenas me sentía en mejores y más perrunas relaciones con los siete, la música recomenzó, me despojó de mis sentidos, me hizo girar en el torbellino de sus círculos, como si yo mismo fuera uno de los músicos, en vez de ser su simple víctima; me arrastró para aquí y para allá, por más que implorara merced; y fi-

nalmente me rescató de su propia violencia al arrojarme sobre un laberinto de barras de madera que se erguía en torno de ese lugar, y que yo no había advertido antes, pero que ahora me apresaba firmemente y apretaba mi cabeza contra el suelo. Aunque la música resonaba aún en el vacío, detrás de mí, esa posición me concedía un poco de tiempo para recuperar el aliento.

Debo advertir que la maestría de los siete perros — incomprensible para mí, y absolutamente fuera del alcance de mis facultades — me sorprendió menos que su audacia al enfrentar tan abiertamente su propia música; ese poder de soportarla en calma, sin desmayarse. Pero ahora, al mirar más de cerca desde mi escondite, vi que su actuación no se caracterizaba por la frialdad, sino por una tensión extrema; esos miembros en apariencia tan seguros de sus movimientos, temblaban a cada paso con un perpetuo y temeroso estremecimiento; rígidos por una especie de desesperación, los perros se miraban fijamente entre sí; y apenas la tensión se debilitaba por un instante, sus lenguas quedaban colgando cansadamente de sus quijadas.

No debía de ser el temor al fracaso lo que tan profundamente los agitaba; perros que intentaban, y cumplían algo tan admirable, no podían temer el fracaso. Entonces, ¿por qué temían? ¿Quién los forzaba a hacer lo que hacían? Yo no me contuve más; sobre todo porque ahora parecían, de algún modo incomprensible, necesitar mi ayuda; y a través del terrible estruendo de la

música lancé mis preguntas, con fuerza, desafiante. Pero ellos — ¡increíble, increíble! — no contestaron, se portaron como si yo no estuviera allí. Los perros que no contestan los saludos de los otros perros cometen una ofensa a la buena educación que el perro más humilde, lo mismo que el más encumbrado, jamás perdonaría.

¿Tal vez no eran perros? Pero ¿cómo podían no ser perros? ¿Acaso no oía yo con claridad, al escuchar más de cerca, los gritos apagados con que se animaban mutuamente, se recordaban las dificultades, se advertían los errores; acaso no veía que el último perro (el menor, a quien se dirigían la mayoría de esos gritos) a veces me miraba furtivamente, como si le hubiera gustado mucho responderme, y debiera contenerse porque se lo habían prohibido? Pero ¿por qué estaba prohibido; por qué eso mismo que nuestras leyes ordenan incondicionalmente estaba prohibido en este caso?

Me indigné al pensarlo, y casi olvidé la música. Estos perros violaban la ley. Serían muy grandes magos, pero la ley valía también para ellos; yo lo sabía perfectamente, aunque todavía era una criatura. Y al mismo tiempo advertí otra cosa: ¡tenían bastante motivo para quedarse callados, suponiendo que se quedarán callados por un sentimiento de vergüenza! Porque ¿qué estaban haciendo? A causa de la música, yo no lo había advertido antes: las infelices criaturas, olvidando toda vergüenza, se permitían portarse de la manera más ri-

dícula e indecente del mundo; andaban sobre sus patas posteriores. ¡Qué vergüenza! Descubrían su desnudez, lo hacían como si fuera un acto meritorio; es más: cuando obedeciendo por un instante a sus mejores instintos dejaban caer, por casualidad, sus patas anteriores, se sentían realmente aterrados, como si eso fuera un error, como si la Naturaleza fuera un error; apresuradamente, volvían a levantar las patas, y sus ojos parecían pedir disculpas por haberse visto obligados a cesar momentáneamente en su abominación! ¿Estaría el mundo al revés? ¿Dónde me hallaba? ¿Qué había sucedido? No titubee ni un instante más; me desenredé de la confusión de las maderas, pegué un salto hacia adentro y me encaminé hacia los perros; yo, el joven alumno, ahora debía officiar de maestro, debía hacerles comprender lo que hacían, debía impedirles que siguieran cometiendo ese pecado.

—¡Perros adultos, además! ¡Perros adultos, además! — yo me repetía sin cesar. Pero apenas me encontré libre, cuando estaba a un salto o dos de distancia de los perros, la música volvió a sumergirme en su poder.

Quizás mi celo me hubiese permitido resistirla, porque ahora la conocía mejor, si en medio de su majestuosa amplitud — que era terrorífica pero no invencible — no hubiera surgido una nota clara, penetrante y continua que llegaba sin variación desde la más remota distancia — quizás la verdadera melodía dentro

de esa música—, y que me obligaba a arrodillarme. ¡Oh, la música de esos perros me hacía perder los sentidos! No conseguí adelantar un paso más; ya no quise instruirlos; podían seguir levantando sus patas anteriores, cometiendo su pecado e induciendo a los demás al pecado de contemplarlos en silencio; yo era un perro tan joven... ¿quién podía pedirme una tarea tan ardua? Me sentí más insignificante aún de lo que era, me puse a gemir; y si los perros me hubiesen preguntado ahora que pensaba de su actitud, es probable que no hubiera articulado una sola palabra de reproche. Por otra parte, poco tardaron en desaparecer, con toda su música y su esplendor, en las tinieblas de donde habían surgido.

FRANZ KAFKA
(De *Investigaciones de un Perro*)

EL FIN DE ESTAS EDADES

*Oh sueños prodigiosos desnudos de ideales
que en sendas de heliotropos, dalias y crisantemos,
conducís nuestras vidas hacia lo que queremos:
ciudades con amigos, extraños arrabales;*

*he visto en vuestras calles como será el futuro,
cuando el mundo se extinga bajo fuegos altivos,
cuando antiguos escritos en lejanos archivos
evidencien al fuego su monumento oscuro.*

EL FINAL

*El sol será de sombras, con palmeras y ruidos
y viajeros cansados del cielo y la ciudad
buscarán por las rocas la antigua libertad
que les dará la muerte, tristes e inadvertidos.*

Habrán de derramarse los volcanes azules,

*y al brotar desde el suelo oscuras aves grises
que devoran los ojos, en extraños países
se abrirán lentas tumbas bajo los abedules,*

*donde nos dormiremos sin pensar en traiciones,
sin ver como se mueren los días y las noches;
sin oír la insistencia de lejanos reproches,
y olvidando los cambios de nuestras estaciones.*

LA BUSQUEDA DE LOS DIOSSES

*Antes que se desprendan los árboles contiguos
buscaremos los dioses, que tristes y olvidados
en cajas, en baúles o en retratos colgados,
mostrarán de los años los rastros más antiguos.*

*Y rememoraremos palabras repetidas
en infancias de sueños, de viajes y de flores,
cuando ya quede el mundo sin paisajes ni olores
y una lluvia de llamas una el fin de las vidas.*

LAS RUINAS

*Ya los cuentos de invierno, con negras catedrales,
los oscuros museos de blancos monumentos,
no guardarán la historia de estos raros momentos,
de estos largos abismos de muertes verticales.*

*Los caminos con hierbas, los parques y los pasos,
se cubrirán de fuego, y extraños montes rojos
se alzarán a la vista de los últimos ojos,
midiendo la distancia del cielo y los fracasos.*

*Se hundirán para siempre los corceles de Homero
que yacían ocultos en la arena del mar,
y no habrá nadie nunca más para recordar
las glorias veneradas en un libro primero.*

*Y las noches de estrellas oceánicas y oscuras
entre sales y yodos se habrán de evaporar,
y no habrá nadie nunca más para meditar
sentado en una roca de olvidadas figuras.*

*Los jardines con fresias y diademas y rosas
con blancos surtidores, desaparecerán,
y los enamorados ya no se besarán
pensando en lo infinito del amor y sus cosas.*

*¿Quién cruzará callado, con aves en los hombros,
el espacio, anunciando diferentes edades
de extrañas dimensiones y nuevas igualdades?
¡Oh quién será el que triunfe sobre nuestros escombros!*

LOS NUEVOS MUNDOS

*Y los mundos que nazcan entre flores de piedra,
¿serán como los nuestros altivos y aburridos,*

*con sus calles y amores, paisajes repetidos
con sus casas de barro revestidas de hiedra?*

*O tendrán otras plantas con perfumes de ruinas
y nidos contruídos con mieles y collares.
¿Cómo serán las voces, cómo serán los mares;
y los nuevos amantes tendrán estas esquinas*

*escritas con recuerdos que a veces reverencio?
¿Cómo serán los días cubiertos de alcanfores,
y quien irá midiendo con los mismos errores
la dimensión oculta del sol y del silencio?*

*¿Existirán de nuevo pálidos hechiceros
con inciensos y lunas, con almas en las manos,
que hablarán de nosotros como dioses lejanos,
mostrando nuestros ojos raros y prisioneros*

*en buhos misteriosos, en palomas oscuras;
tendrán cortinas rojas y un oblicuo estandarte;
idearán como ahora los paisajes de Marte
entre libros antiguos con negras escrituras?*

*¿Cómo serán las tardes, las nuevas avenidas
de faroles plateados y mujeres de yeso
paradas junto a un cisne desplumado y avieso?
¿Dónde irán a morirse los que nazcan suicidas?*

FERNANDO TOZZI

EL EXTRANJERO

(Final)

En ese preciso momento entró el confesor. Al verlo tuve un ligero estremecimiento. Lo advertió, y me dijo que no tuviera miedo. Le indiqué que él acostumbraba venir a otra hora. Me contestó que esta era una visita completamente amistosa, que no tenía nada que ver con mi apelación, de la cual no sabía nada.

Se sentó sobre mi camastro y me invitó a acercarme. Rehusé. Observé en él, sin embargo, un aire muy suave.

Permaneció un momento sentado, con los antebrazos sobre las rodillas, la cabeza baja, y mirando sus manos. Eran finas, de músculos bien delineados; me hacían pensar en dos bestias ágiles. Las frotó lentamente entre sí. Luego permaneció así, siempre con la cabeza baja, durante tan largo tiempo, que por un instante tuve la sensación de haberlo olvidado. Pero levantó bruscamente la cabeza y me miró de frente:

—¿Por qué rechaza usted mis visitas? — me dijo.

Le respondí que yo no creía en Dios. Quiso saber si estaba seguro de eso, y le dije que yo no tenía por qué preguntármelo; me parecía un asunto sin importancia.

Entonces se echó hacia atrás, apoyándose en la pared, con las manos extendidas sobre los muslos. Casi como si no me hablara, insinuó que a veces uno se creía seguro, y en realidad no lo estaba. No dije nada. Me miró y me preguntó:

—¿Qué le parece?

Le contesté que era posible.

De todos modos, aunque yo no estuviera seguro de lo que me interesaba, sabía que lo que él me decía no me interesaba. Desvió la mirada, y sin cambiar de posición me preguntó si yo no hablaba así por exceso de desesperación. Le expliqué que no estaba desesperado. Solamente tenía miedo, cosa muy natural.

—Dios lo ayudaría entonces —advirtió—. Todos los que he conocido en su situación se volvían hacia El.

Reconocí que estaban en su derecho. Además, eso demostraba que tenían tiempo para hacerlo. En cuanto a mí, yo no quería que se me ayudara, y justamente me faltaba el tiempo para interesarme en cosas que no me interesaban. En este momento sus manos tuvieron un gesto de fastidio; pero se enderezó y arregló los pliegues de sus ropas. Cuando terminó, empezó a hablarme, llamándome "amigo mío"; dijo que si me hablaba

así no era porque yo estuviera condenado a muerte; según él, todos estamos condenados a muerte. Pero lo interrumpí diciéndole que no era lo mismo, y que, por otra parte, eso en ningún caso podía ser un consuelo.

—Cierto —aprobó—, pero usted morirá más tarde, si no muere ahora. El mismo problema se le presentará entonces. ¿Cómo afrontará esa terrible prueba?

Le respondí que la afrontaría exactamente como la afrontaba en ese momento. Entonces se levantó, y me miró directamente en los ojos. Es un juego que yo conocía muy bien. Me divertía jugar a eso con Manuel, o con Celeste; y generalmente ellos desviaban sus ojos. También el confesor conocía bien el juego; lo comprendí enseguida; su mirada no titubeaba. Ni tampoco su voz, al decirme:

—¿No tiene usted ninguna esperanza, y vive con la idea de que morirá totalmente?

—Sí —respondí—. Entonces bajó la cabeza y volvió a sentarse. Me dijo que me compadecía. Le parecía algo imposible de soportar para un hombre. Me aparté a mi vez, y me ubiqué bajo la claraboya. Me apoyé de espalda contra el muro. Distraídamente, oí que volvía a interrogarme. Hablaba con una voz inquieta y apremiante. Comprendí que se sentía emocionado y puse más atención. Me decía que estaba seguro de que mi apelación sería aceptada, pero que yo llevaba el peso

de un pecado del que era preciso desembarazarme. Según él, la justicia de los hombres no era nada, y la justicia de Dios, todo. Le hice notar que la primera me había condenado. Me respondió que, por lo mismo, ella no había lavado mi pecado. Le dije que yo no sabía qué era un pecado. Sólo me habían hecho saber que era culpable. Si era culpable, pagaba, y no se me podía pedir más. En ese momento se puso nuevamente de pie; pensé que si quería seguir moviéndose en esa celda tan estrecha, no podría elegir mucho: era necesario sentarse o levantarse. Yo tenía los ojos fijos en el suelo. El dió un paso hacia mí, y se detuvo como si no osara avanzar. Miró el cielo a través de los barrotes.

—Se equivoca, hijo mío —me dijo—, podría pedirle más. Se le pedirá, quizás.

—¿Se me pedirá qué?

—Se le pedirá que vea.

—¿Que vea qué?

El sacerdote miró a su alrededor y respondió con una voz que de pronto me pareció muy cansada:

—Todas estas piedras trasudan dolor, lo sé. No las he mirado jamás sin angustia. Pero desde el fondo de mi corazón yo sé que los más miserables de ustedes han visto surgir de su oscuridad un rostro divino. Ese rostro, se le pide que vea.

Me animé un poco. Le dije que hacía meses que yo miraba esos muros. No había nada ni nadie que yo conociera mejor en el mundo. Posiblemente —hacía ya mucho tiempo— yo 'había buscado en ellos un rostro. Pero ese rostro tenía el color del sol y el fulgor del deseo: era el rostro de María. Lo había buscado en vano. Ahora eso había terminado. De todos modos, no había visto surgir nada de ese sudor de piedra. El confesor me miró con una especie de tristeza. Yo estaba ahora completamente adosado a la pared, y la luz me corría por la frente.

Dijo algunas palabras que no oí, y me preguntó rápidamente si le permitía abrazarme.

—No —contesté.

Se dió vuelta, fué hacia el muro, y pasó lentamente la mano sobre él.

—Ama usted hasta ese punto esta tierra —murmuró.

No respondí nada.

Permaneció bastante tiempo vuelto de espaldas. Su presencia me pesaba y me impacientaba. Iba a decirle que se fuera, que me dejara, cuando de golpe gritó, con una especie de estallido, volviéndose hacia mí:

—No, no puedo creerle. Estoy seguro de que alguna vez ha sentido el deseo de otra vida.

Le respondí que era natural, pero que no tenía más

importancia que desear ser rico, o nadar muy rápido, o tener una boca mejor formada. Era del mismo orden. Pero me interrumpió, y quiso saber cómo veía yo esa otra vida. Entonces le grité:

—Una vida donde pudiera recordar esta.

E inmediatamente le dije que no soportaba más. Quiso hablarme aún de Dios, pero avancé hacia él e intenté explicarle una vez más que me quedaba poco tiempo. Yo no quería perderlo con Dios. Trató de cambiar de asunto preguntándome por qué le llamaba “Señor” y no “Padre”. Eso me enervó, y le respondí que él no era mi padre: él estaba con los otros.

—No, hijo mío —dijo, poniendo la mano sobre mi espalda—, yo estoy de su parte. Pero usted no puede saberlo porque tiene un corazón ciego. Rogaré por usted.

Entonces, no sé por qué, algo estalló en mí. Me puse a gritar a pleno pulmón y a insultarlo, pidiéndole que no rogara, y que valía más arder que evadirse.

Lo había tomado por el cuello de la sotana. Arroqué sobre él todo el fondo de mi corazón, en náuseas mezcladas de alegría y cólera. El tenía tal aire de seguridad, ¿no es cierto?

Sin embargo, ninguna de sus certidumbres valía un cabello de mujer. El ni siquiera estaba seguro de estar vivo, puesto que vivía como un muerto. En cuanto a mí, yo parecía tener las manos vacías. Pero esta-

ba seguro de mí, seguro de todo, más seguro que él, seguro de mi vida y de esta muerte que veía venir. En verdad, no tenía más que eso. Pero por lo menos poseía esta verdad, tanto como ella me poseía. Yo había tenido razón, la tenía todavía, la tenía siempre. Yo había vivido de ese modo y hubiera podido vivir de tal otro; yo había hecho esto y no había hecho aquello. No había hecho tal cosa mientras hacía otra. ¿Y entonces? Era como si a lo largo del tiempo sólo hubiese esperado este minuto y este pequeño amanecer en el que sería ajusticiado. Nada, nada tenía importancia y yo sabía bien por qué. El también sabía por qué. Desde el fondo de mi futuro, durante toda esta vida absurda que he llevado, su soplo oscuro subía hacia mí a través de los años aún no llegados, y su soplo nivelaba a su paso todo lo que entonces se me ofrecía, en los años no más reales que vivía. Qué me importaba la muerte de los otros, el amor de una madre, qué me importaba su Dios, las vidas que uno prefiere, los destinos que uno elige, puesto que un solo destino debía elegirme, a mí mismo, y conmigo a millares de privilegiados que como él se decían mis hermanos. ¿Me comprendía? ¿Comprendía por fin? Todo el mundo era privilegiado. No había sino privilegiados. Los otros también serían condenados un día. El también sería condenado. ¿Qué importaba si, acusado de asesinato, lo ejecutaban por no haber llorado en el entierro de su madre? El perro de Salamano valía tanto como

su mujer. La mujercita automática era tan culpable como la parisiense que se había casado con Masson, o como María, que deseaba casarse conmigo. ¿Qué importaba que Raymond fuera mi camarada, lo mismo que Celeste, que valía más que él? ¿Qué importaba que María diera hoy su boca a un nuevo Meursault? ¿Me comprendía, ese condenado? Y que desde el fondo de mi porvenir...

Yo me ahogaba gritándole todo eso. Pero ya me arrancaban de las manos al Confesor, y los guardias me amenazaban.

El, entre tanto, los calmó; y me miró un momento en silencio. Tenía los ojos llenos de lágrimas. Se dió vuelta y desapareció. Cuando se fué, recobré la calma. Estaba extenuado, y me eché sobre el catre. Creo que dormí, porque me desperté con estrellas sobre el rostro. Los rumores del campo subían hasta mí. Los olores de la noche, de tierra y de sol, refrescaban mis sienes. La maravillosa paz de ese verano adormecido entraba en mí como una marea. En ese momento, y en el límite de la noche, aullaron las sirenas. Anunciaban las despedidas hacia un mundo que ahora me sería para siempre indiferente. Por primera vez, desde hacía mucho tiempo, pensé en Mamá. Me pareció que ahora comprendía por qué al final de una vida ella había aceptado un "novio", por qué había jugado a recomenzar. Allá, allá también, alrededor de ese asilo donde también se extinguían las vidas, el crepúsculo era como

una tregua melancólica. Tan cerca de la muerte, mamá debía sentirse liberada y dispuesta a todo renacer. Nadie, nadie tenía derecho a llorar por ella. Y yo también, yo también me sentía listo para todo renacer. Como si esa gran cólera me hubiera purificado de todo mal, limpiado de esperanzas, delante de esta noche cargada de signos y de estrellas, yo me abría por primera vez a la tierna indiferencia del mundo. Al sentirlo tan semejante a mí, tan fraternal en fin, comprendí que había sido feliz, y que lo era todavía. Para que todo fuera consumado, para que yo me sintiera menos solo, me faltaba únicamente esperar que el día de mi ejecución acudan muchos espectadores, y que me acojan con gritos de odio.

ALBERT CAMUS

PROVERBIOS DEL INFIERNO

Haz pasar tu arado y tu carro sobre los huesos de los muertos.

*

El camino del exceso lleva al palacio de la sabiduría.

*

Quien desea y no actúa, engendra pestilencia.

*

El gusano cortado perdona al arado.

*

Arrojad al río al que ama el agua.

*

Un necio no ve el mismo árbol que ve el sabio.

*

Aquel cuyo rostro no irradia luz, nunca será una estrella.

*

La eternidad está enamorada de las producciones del tiempo.

*

Ningún alimento sano se coge con red o con trampa.

La abeja laboriosa no tiene tiempo para la tristeza.

*

La prudencia es una solterona rica y fea, cortejada por la incapacidad.

*

El reloj mide las horas de la necedad; pero ningún reloj podrá medir las horas de la sabiduría.

*

Un cadáver no venga las injurias.

*

Ningún pájaro se eleva muy alto, si se eleva con sus propias alas.

*

Si el necio insistiera en su necedad, llegaría a ser sabio.

*

La necedad es el vestido de la bajaesa.

*

La vergüenza es el vestido del orgullo.

*

Las prisiones se construyen con piedras de Ley, los prostíbulos con ladrillos de Religión.

*

El orgullo del pavo real es la gloria de Dios.

*

Aprende en la época de sembrar, enseña durante la cosecha, disfruta en el invierno.

*

La lujuria del chivo es la generosidad de Dios.

En época de escasez recurre al número, a las pesas y las medidas.

*

La ira del león es la sabiduría de Dios.

*

La desnudez de la mujer es la obra de Dios.

*

El exceso de dolor ríe; el exceso de alegría llora.

*

El rugido de los leones, el aullido de los lobos, la furia del mar tormentoso y la espada destructora son porciones de la eternidad demasiado grandes para el ojo el hombre.

*

La alegría impregna; la tristeza engendra.

*

El lobo acusa a la trampa, no a sí mismo.

*

Que el hombre use el pelo del león, la mujer el vellón de la oveja.

*

El pájaro su nido, la araña su tela, el hombre la amistad.

*

El necio sonriente y egoísta, y el necio adusto y enojado, serán considerados como sabios para que sirvan de medida.

*

Lo que ahora está comprobado, antes fué sólo imaginado.

Escucha el reproche del necio; es un título de nobleza real.

*

Los ojos de fuego, las narices de aire, la boca de agua, la barba de tierra.

*

El débil de ánimo es fuerte en astucia.

*

El manzano nunca pregunta a la haya cómo hará para crecer, ni el león al caballo cómo cazará su presa.

*

El agradecido recogerá espléndida cosecha.

*

Si otros no hubieran sido necios, lo seríamos nosotros.

*

El espíritu del dulce deleite nunca podrá ser mancillado.

*

Cuando ves un águila, ves una porción de genio; ¡alza tu cabeza!

*

Como la oruga que elige las hojas más bellas para poner sus huevos, el sacerdote impone su maldición sobre las más bellas alegrías.

*

La creación de una florecilla es labor de milenios.

*

Maldice las trabas; bendice las libertades.

*

El mejor vino es el más viejo; la mejor agua es la más nueva.

¡Las plegarias no aran; los elogios no cosechan!

*

¡Las alegrías no ríen; las tristezas no lloran!

*

Como sigue el arado a las palabras, así Dios recompensa las plegarias.

*

La cabeza es lo Sublime, el corazón es Sentimiento, los genitales son Belleza, las manos y los pies son Proporción.

*

Como el aire para el pájaro o el mar para el pez, así es el desprecio para el despreciable.

*

El cuervo deseaba que todo fuera negro, la lechuga que todo fuera blanco.

*

La exuberancia es belleza.

*

Si el león pidiera consejos al zorro, sería astuto.

*

El perfeccionamiento endereza los caminos, pero los caminos tuertos y sin perfeccionamiento son los caminos del Genio.

*

Mejor es matar una criatura en su cuna, que alimentar deseos no cumplidos.

*

Donde no está el hombre, la naturaleza es estéril.

La verdad nunca puede ser dicha de un modo comprensible, sin que sea creída.

*

Bastante, o Demasiado.

WILLIAM BLAKE

EVOCACION DE LA SOLEDAD

El 12 de Abril de 1943

¿Para qué postergar por más tiempo —pensó Teresa— el comienzo de la edad más feliz de los jardines: aquella en que se entregan a la evocación y a la nostalgia?

Elizo ensombrecer el comedor y decidió recostarse por última vez contra el brazo izquierdo del sofá, aunque esa tarde no la dedicaría a la lectura como acostumbraba hacerlo después del almuerzo, sino a pensar cómo organizaría las personas, los perros, los muebles, los adioses a los árboles amigos y todo lo demás que contenía su partida. Pero tal vez era mejor dejar pasar el tren y esperar a mañana, así podría explicar más pausadamente a Luisa Ortillado el manejo de las llaves y el cuidado de la casa; durante el resto de la tarde recorrería espaciosamente las avenidas de plátanos y las de eucaliptos; visitaría los árboles bajo cuyo amparo había leído y pensado tantas cosas inolvidables y olvidables; luego, regresando con sus perros y según una costumbre adolescente, entraría repentinamente en la cocina para

sorprender a los gatos que al caer de la tarde solían bajar del techo invitados por la ausencia de Teresa, y antes que el crepúsculo se desvaneciera oíría sacudir en el galpón una puerta forzosa de abrir, y otros síntomas que le anunciaban la llegada de Alberto Martinelli. Se vería obligado a llamarlo, y, presintiendo que sus palabras serían mal recibidas, a silenciar su motivo. Tampoco podría darle un beso de adiós.

Porque Alberto, como algunos paisanos crecidos a la sombra de ciertas estancias de la provincia de Buenos Aires, acostumbraba considerar a sus amos como fuentes misteriosas de saber y cortesía. Creen estos seres que la misión más importante de la vida es custodiar la impresión deslumbrante y prestigiosa que les causó el rostro modestamente intrascendente de un señor ante contratiempos pecuniarios, o las consabidas frases femeninas: "He pasado una tarde celestial en la glorieta" o "¿Qué le vas a pedir al Niño Dios para Navidad?", confundidas en la oscilación de pastores reclinados en praderas, ríos celeste-verdes, y varillas de marfil.

Al no poder decirle que los lugares que contienen bosques de eucaliptos y de acacios blancos, una casa cubierta por la hiedra, y tritones con risas desvaídas que enlazan sus colas en una antigua fuente, llegan a una edad en que deben ser entregados a sus verdaderos poseedores (aquellos que más se identifican con ellos y los aman), al no poder tampoco darle un beso, la fide-

lidad a los momentos cruciales de su alma dispuso mantener invictos sus ojos castaños y expresivos, su oscura y espesa cabellera que con candor obstinado buscaba los pliegues de su boca, y sólo comprometer con la banalidad su caligrafía y esa aptitud en redactar cartas destinadas a la generalidad de las relaciones de sus padres.

Hizo preparar el coche para tomar el tren de la tarde, adelantar la hora del té, y luego, levantándose del sofá, fué en busca de papel, lapicera y tinta para escribir:

Estimado Alberto:

El viernes, unos momentos después de irte llamaron del correo diciendo que había un telegrama. Era de Agustina. Me dice que no está bien y que trate de ir lo antes posible. Tengo tantas cosas que hacer en Buenos Aires antes de embarcarme que por eso me voy cuanto antes de aquí. Cuida bien a los perros; al pobre Azabache sacalo a pasear de vez en cuando y ordena que no le den comidas con grasa. Cada quince días tendrá que ir a buscar a Luisa Ortillado y a una de las hijas, que ventilen y hagan limpieza.

Cuando vengan los seminaristas a pasar algún domingo, atendelos lo mejor posible.

Te saluda con mucho afecto.

Teresa

No podes las plantas.

En cuanto al mucamo, Isabel y Carmen, los harás llevar el viernes por la tarde, pues espero que en tres días dejarán pronta la casa.

Cerró el sobre y fué hacia la biblioteca para averiguar la hora. Eran las dos menos diez.

Como de costumbre el minuterero continuó recorriendo los doce números romanos, siendo imperceptiblemente estremecido cada vez que indicaba con más patetismo los dibujos de la alfombra o la monótona blancura del cielorraso.

Descendía la breve escalinata de la entrada cuando oyó dar las cuatro; recibió el cariñoso saludo del cochero y del muchacho destinado a abrir los portones y la portezuela del *break*, y mientras se acercaba lentamente al coche recordó que no se había despedido de Arturito; pero el temor de ser atendida por alguno de sus hermanos le hizo deponer su intento. Agiles, siempre dispuestos a seducirla, ávidos lectores de "Esquire", glorificando la legitimidad de unos cigarrillos Virginia obtenidos de manos de un contrabandista, y obsesionados en renovar anualmente sus lujosos automóviles, eran la ilustración más fiel del concepto que tenía Teresa de la palabra *insoportable*. Aunque ligeramente traicionero y afeminado, y recurriendo siempre a gestos cansadamente ingenuos para velar su sagacidad, Arturito era muy superior a sus hermanos, y sus

ocurrencias siempre inéditas y casi espirituales, su delicadeza metafórica y su versación en la literatura francesa comprendida entre los años 1800-1930, eludían todas las objeciones que podían hacerse para calificar de sublime un viaje en su compañía.

El carruaje se internó en la calle de aromos, oyéndose apenas el trotar de los caballos sobre la espesa hojarasca. Teresa asomada levemente a la ventanilla del coche contemplaba los incontables medallones de sol que iluminaban el suelo; y había partes tan poco sombrías que podía observarse nítidamente el desarrollo de los viejos aromos sin alzar la vista; sinuosa era la sombra de los amplios troncos, y complicada la que proyectaban las sucesivas bifurcaciones de las ramas. Rehuía mirar el cielo a través del follaje enrarecido, porque sabía que no podría evitar despedirse de ellos; e injusto proceder hacia el resto de los árboles hubiera sido hacerlo.

Seguramente, mucho sería el tiempo que tendría que transcurrir antes que los árboles, el invernáculo, las glorietas, el musgoso surtidor, las amplias avenidas, los macizos de retama y de laurel cerezo dejaran de profesarle rencor por haber dedicado sus últimos momentos de permanencia en La Soledad a escuchar *Un Americano en París* de Gerschwin, y un quinteto para cuerdas y piano de Fauré; a preparar su equipaje y a retirar de las páginas que albergaban la fascinante construcción de *Le Voyageur sur la Terre* los papeles verdes

y lilas con que había testimoniado su admiración a Julien Green en la época en que Enrique su antiguo novio le enviaba semanalmente bombones de fresas y menta.

El coche se detuvo. Rápidamente cumplió su cometido el muchacho encargado de abrir los portones. Debíó darse prisa en desenguantar su mano, enviar un beso y, antes de trascender los límites de la estancia, decir:

Mère des souvenirs, maitresse des maitresses,

O toi, tous mes plaisirs! o toi, tous mes devoirs!

¡Cuán simbólicos eran estos primeros y castigados versos de *Le Balcon* de Baudelaire! Porque así como se suele llevar grabado en el corazón el plano del jardín que más frecuentó nuestra infancia, inspirando con sus peculiaridades y encantos muchos de nuestros procedimientos y actitudes; o como los atardeceres pueden habituarse a sorprendernos ignorados del resto de la casa, contemplando la opaca y delicada atmósfera de una sala revestida de damasco gris con una inexplicable e intensa nostalgia (tan intensa que a veces influye en nuestra fisonomía modificando los rasgos naturales); así, el recuerdo de las horas estivales más felices transcurridas en La Soledad embellecería su porvenir, y en los momentos en que es mucho más difícil y valeroso seguir viviendo que morir invocaría la presencia de las salas ideales que guardaban los espejos de la augusta

señora de su alma, para evadirse hacia ellas noblemente.

Y mientras se alejaba de ese monte tan hospitalario para con el cansancio del resero como para con la fugacidad y prudencia del vagabundo, el sol fué iluminando con tal violencia el interior del coche que se vió obligada a tratar de desprender los breteles que mantenían arrolladas la cortina; pero una irregularidad del camino hizo sacudir el coche desviando su propósito. Grotesca era esa mano tratando de aferrarse en el aire tibio y otoñal. Y rápidamente lo grotesco invadió los instantes precedentes de esa mano, despojando de significado la resolución y su adiós. Porque tal vez le fuera indiferente a Alberto el destino de La Soledad, y en cuanto a los árboles, ambiciosos y demasiado impacientes como para buscar a Dios en las criaturas que inquietaron sus crepúsculos, quizá aguardasen que el coche quedara oculto por las arboledas de las quintas próximas al pueblo para anhelar la violenta presencia de la lluvia, de la concentrada humedad, de los vientos; y tratando de borrar así todo vestigio humano, convertirse en morada de la divinidad.

E involuntariamente recordó las cuatro palabras que respondió Alberto al preguntarle su abuela si quería a La Soledad, y su imagen niña contemplando el gran pino que enfrentaba su ventana. Eran demasiado evidentes los lazos de recíproca amistad que mantuvo ese árbol con su infancia para dudar del poder de co-

que le llevó Teresita en ocasión de hallarse en La Soledad el día de su cumpleaños).

Pero antes el coche pasó por el almacén y despacho de bebidas de Basetti; al pasar, Teresa entrevió tal vez por milésima vez lo único que conocía del interior de este sitio: el grande e inclinado espejo estampado con filas de margaritas insecticidas.

¡Cuántas veces, en los bailes que organizaban los Basetti, habría recibido la imagen de Luis! Tantas como que las que ella habría envidiado los privilegios del sexo de su hermano. ¡Ah, qué no hubiera dado por poder beber y fumar recostada en los antihigiénicos mostradores, por saber en qué consistían las conversaciones de los hombres, por encontrar, en esas circunstancias, unos ojos verdes que le revelaban el más encantador e inesperado de los secretos! ¡Rutinaria y rudimentaria naturaleza, en la que cambiar de sexo significa ser humillado por los descreídos, y en la que es imposible proyectar el pasado de la carne con todos los atributos de la evidencia en el presente sin comprometerse con el infierno!

Y a modo de preciso desafío a las leyes de la carne, trató de reconstruir el hecho más asombroso que registraba su memoria, según las dispares versiones de su hermana Agustina y de Micifuz Randazzo.

ARTURO JACINTO ALVAREZ

LA JOVEN TARENTINA

*¡Alciones, llorad! ¡Llorad, aves sagradas,
llorad, oh dulces aves a Tetis consagradas!*

*¡Llorad, que Aglaya ha muerto, la joven Tarentina!
Un barco la conduce cerca de Camarina:
allí el himen, las flautas, los cantos de alegría,
acompañarla deben al umbral de su amante.
Ya en un cofre ha guardado con llave vigilante
el traje de himenco que llevará ese día,
y el oro que sus brazos ha de tornar más bellos
en la fiesta, y la esencia de sus rubios cabellos.
Sola, sobre la proa, invoca el firmamento;
cuando sopla impetuoso de las velas el viento
y la envuelve. Asombrada, muy lejos de las gentes,
grita, y se precipita en las ondas fervientes.*

*¡Ha caído en las olas la joven Tarentina!
Su hermoso cuerpo rueda por la espuma marina.
Y ya Tetis llorando lo ha querido ocultar
en una gruta, lejos de los monstruos del mar.*

*Y las bellas Nereidas por su voz convocadas
lo llevan, desertando sus húmedas moradas.
A la orilla lo impulsan y en este monumento
sobre el cabo del Céfiro, con un hondo lamento,
blandamente lo acuestan, mientras llaman dolientes
a las ninfas del bosque, del monte, y de las fuentes,
que golpeándose el seno y arrastrando un gran duelo
su sepulcro rodean, y reprochan al cielo:*

*"Ay, nunca hasta tu amante fuiste tú conducida,
y en la pompa del himen nunca fuiste vestida,
nunca el oro en tus brazos anudó sus destellos,
la diadema nupcial no adornó tus cabellos".*

*ANDRÉ CHÉNIER
(Trad. de J. R. W.)*

DE UNA CARTA DE LAS QUE NO SE ENVIAN

Mi mano al escribirte oculta las palabras que trazo, y este pudor es tan necesario, amor mío, como cuando dejas caer la turbulencia de tus cabellos oscuros sobre tu mirada azul, ante tu madre y tus hermanas, si adivinas que esa mirada me fascina y me conmueve de tal modo que parece que no hubiera sabido antes que existiesen ojos azules y que mi corazón se complaciese en ese milagro de limpidez que revela tal alma.

Todo debería impedirme amarte: tu carácter y el mío, tu fragilidad de pájaro nervioso que busca su libre vuelo, su reposo libre; y mi fuerza triste, a veces descorazonada; la muchacha que podría ser tu novia y que lleva mi emoción hasta la poesía, cuando paseándome con ella en el jardín, por la tarde, rodeo con mi brazo sus hombros cándidos, y cuando al despedirse de mí me besa y une su rostro confiado y simple al mío, lleno de secretos, que poseo como una ciencia inevitable conferida por los años, y que me da un sentimiento de triste-

za aceptada, de astucia sin velos y de dominio poderoso. Debería no amarte porque la atracción que me lleva hacia tí se parece menos a la imantación de la aguja y los polos, que a una confusión continua que por el hábito se organiza. Yo creo que podría sentir este ardor por algún otro que fuese lo más opuesto a tí, y que en vez de hacer brotar en mi corazón las fuentes de la ternura, la embriaguez de la generosidad, provocase en él el milagro de una adolescencia recobrada, de un abandono feliz sobre un brazo poderoso, y el sollozo de gratitud hacia la fuerza tenaz dada al placer.

Ese otro, que yo imagino más adulto, como protector en su pasión, me curaría pronto de tu rostro delicado, de todas las parcelas de tu ser frágil como el huevo del abejaruco, y sobre el que mis ojos extienden inmensas alas, semejantes a riberas suntuosas que se curvan en el espacio sin necesidad y sin apoyo.

Te amo porque te he encontrado en la estación divina del amor, en la época de la naciente primavera, cuando el alba está toda agitada por cantos de pájaros, cuando el aire de la noche recoge el perfume de las lilas hasta saciarse, como un fauno nocturno, que, acurrucado en las nubes, ríe mascando flores.

Te amo porque tus ojos claros y alegres, y distraídos, miraron un día los míos con un estupor deslumbrado, y vi que en ellos tu mirada se obscurecía a

veces como cuando se forma el nublado de plomo de una tormenta que oprime el paisaje, amenazándole de obscuridad y de muerte. En ese momento, a pesar de que estuviéramos rodeados de personas charlatanas y frívolas, tú no escuchabas más que la revelación de tu amor por mí, y parecías extraño y solo, como queda solo y extraño todo ser en el momento de morir. Parecías valiente, dispuesto invenciblemente a cualquier decisión temeraria, irremediable, tú que te deslizas con blandura al borde de la vida, como un cisne en la estela de otro cisne. Parecías valiente y temerario, resuelto y loco —sabiamente, celestemente loco, como el dulce y fiel Tristán en aquel momento terrible que tan bien recuerdas. Recuerdas bien, ese momento aterrador en que la queja del rey traicionado gime como el viento del otoño en el árbol amarillo, y se prolonga erguida y triste como la justicia, infatigable como todo deseo de reivindicación arraigado en la certeza de la carne que sufre y en la equidad. El dulce Tristán, confuso por tan agudas quejas, baja la cabeza ante el que fué su amigo, a quien los caballeros consternados corroboran con su asentimiento silencioso; parece que se arrepiente; pero entonces, nuevamente solo en su alma, se vuelve hacia Isolda, y simple y seguro, tranquilo, semejante al joven honesto que en la casa de sus padres invita a su prometida a seguirle, la invita a la dicha imposible y funesta. Por eso muere.

Un día, ante mí, tu mirada fué como la del que escoge inevitablemente la imprudencia que le lleva a morir; no

volverás a ser jamás como aquel día, toda tu fuerza de creación la pusiste en ese momento: tenías que conquistar, y apareciste un instante revestido con tu íntimo esplendor de promesas deslumbrantes, ayudado por la naturaleza, como van revestidos por el lujo de su plumaje y por su brillante manto, todos los pájaros y todos los ciervos del bosque. Fué necesario que hicieras tal esfuerzo para obtener un corazón difícil.

Desde ese día te amé en secreto. Tú lo sentiste; después reposaste. Yo pienso en ti, tú piensas en mi y esperas. Tú no tendrás nunca nada que darme, que no sea el saber aceptar con alegría, con asombro y con complacencia un amor harto abrumador para ti: pero bien sabes que este amor tan pesado se hará ligero y sabrá no ocupar más que un pequeño espacio; tú sabes que yo retraeré en mí misma esos misteriosos tentáculos de los corazones poderosos, que se alargan hacia el alma deseada y la dominan al colmarla; sabes que me retiraré como el eremita macilento y pálido consumido por la fe, que no sale ya de su cabaña, que tiene miedo en primavera, no sólo de quedar deslumbrado y tentado, sino de santificar el paisaje, de turbarle en su frivolidad dichosa, en su gracia inocente y pagana. Pues toda pasión espiritual arroja un fuego sombrío y activo que obra poderosamente —y la flor y el pájaro y tú mismo no necesitáis más alimento que la savia alegre que os nutre. Pero bien sabes que no serás tú quien sufrirá.

Alma querida y tibia, que sólo eres ardiente en ráfagas: no eres valerosa, y yo no lo soy siempre. Es preciso que evitemos vernos. Yo te lo digo. Todo un mundo de sensible ternura ha tejido un capullo sedoso en torno nuestro, que nos mantiene solos y cautivos. La mayor parte de ese trabajo secreto es mía; pero sin parecerlo, tú has ayudado. ¿Debemos continuar esta labor sin objeto, difícil, pero ¡ah! tan dulce, cuando un rostro absorbe a otro rostro, cuando todos los pensamientos se encuentran y se desposan en el ámbito, cuando la voz besa a la voz? Aún lejos del Océano impetuoso, su hábito turbulento agita secretamente todo el espacio, y una aldea refugiada en los llanos es sin saberlo más despierta y más vivaz por la excitación marina. Yo no sé a qué distancia está aún la borrasca, pero ya vivimos como esa aldea de los llanos.

Tu madre, de quien he hecho mi amiga, y tu hermana, mi cómplice inocente, nos unen. De buena voluntad y sin saberlo —porque no lo saben precisamente hay que temerlo todo— nos han entregado el uno al otro. Yo ahora las quiero por su familiar alegría, por sus gestos que me son conocidos, por sus pensamientos claros y tan legibles, y sin embargo no pierdo jamás de vista que son los ignorantes conductos que me llevan hacia tu ser donde reposo; no ceso de emplearlas como un barco que atraviesa cien veces el río, me conducen hasta las costas de tu persona, donde desembarco y tomo posesión de un dominio inmenso y tran-

quilo. Una vez allí estamos solos, aunque ellas no nos dejen, y hablamos ese lenguaje solitario que se crea lentamente con mudos tanteos del espíritu y que pronto fluye con soltura del silencio y de los ojos.

Si el perfume no es más que unas moléculas sutiles que vienen a embriagar el olfato ¿de qué fina y certera materia estará compuesta esta ola de amor de un ser cuyo corazón se difunde y va a envolver otro corazón?

Pero a todo esto, que para mí fué la dicha, hoy es preciso renunciar. Es preciso que no volvamos a vernos.

Acepta estas palabras, alma querida. Yo sé lo que sería nuestro tormento y nuestra confusión si nos acercásemos más. Es mi deber decírtelo —¿acaso tú lo ignoras?—: no es posible que seamos dichosos. La felicidad fué ese momento ya pasado que te he descripto, ese momento en que clavaste tus ojos en los míos, punzado en el corazón por el deseo, como la mariposa que muere atravesada por un alfiler, anhelante en tu transfiguración. Los dos, en ese minuto mismo, aunque en el instante anterior no hubiéramos tenido nada que nos atormentase, nos sentimos como sacados de la nada por un destino nuevo. Allí y entonces fué la dicha. Toda la tímida y hábil ternura pertinaz que siguió a esta confesión no fué más que ese encarnizamiento perdido hacia el pasado que se llama proyecto; pues la imaginación y la esperanza no son más que la búsqueda del recuerdo,

no son más que un celo desesperado, una devoción servil a las exigencias de la memoria.

CONDESA DE NOAILLES

LE PROMENOIR DES DEUX AMANTS

ODE

*Auprès de cette Grotte sombre
où l'on respire un air si doux,
l'onde lutte avec les cailloux
et la lumière avecque l'onde.*

*Ces flots lassés de l'exercice
qu'ils ont fait dessus ce gravier,
se reposent dans ce Vivier
où mourut autrefois Narcisse.*

*C'est un des miroirs où le Faune
vient voir si son teint cramoisi,
depuis que l'Amour l'a saisi,
ne serait point devenu jaune.*

*L'ombre de cette fleur vermeille
et celle de ces joncs pendants
paraissent être là-dedans
les songes de l'eau qui sommeille.*

*Les plus aimables influences
qui rajeunissent l'univers
ont relevé ces tapis verts
de fleurs de toutes les nuances.*

*Dans ce Bois ni dans ces montagnes
jamais Chasseur ne vint encor:
si quelqu'un y sonne du Cor,
c'est Diane avec ses compagnes.*

*Ce vieux chêne a des marques saintes;
sans doute qui le couperait,
le sang chaud en découlerait
et l'arbre pousserait des plaintes.*

*Ce Rossignol mélancolique
du souvenir de son malheur
tâche de charmer sa douleur,
mettant son Histoire en musique.*

*Il reprend sa note première
pour chanter d'un art sans pareil
sous ce rameau que le Soleil
a doré d'un trait de lumière.*

*Sur ce frêne deux Tourterelles
s'entretiennent de leurs tourments
et font les doux appointements
de leurs amoureuses querelles.*

*Un jour Vénus avec Anchise
parmi ces forts s'allait perdant,
et deux Amours en l'attendant
disputaient pour une Cerise.*

*Dans toutes ces routes divines
les Nymphes dansent aux chansons
et donnent la grâce aux buissons
de porter des fleurs sans épines.*

*Jamais les vents ni le Tonnerre
n'on troublé la paix de ces lieux,
et la complaisance des Cieux
y sourit toujours à la Terre.*

*Crois mon conseil, chère Climène,
pour laisser arriver le soir,
je te prie, allons nous asseoir
sur le bord de cette fontaine.*

*N'ouis-tu pas soupirer Zéphire,
de merveille et d'amour atteint,
voyant des roses sur ton teint
qui ne sont pas de son Empire?*

*Sa bouche d'odeur toute pleine
a soufflé sur notre chemin,
mélant un esprit de Jasmin
à l'Ambre de ta douce haleine.*

*Penche la tête sur cette Onde
dont le cristal paraît si noir:
je t'y veux faire apercevoir
l'objet le plus charmant du monde.*

*Tu ne dois pas être étonnée
si vivant sous tes douces lois,
j'appelle ces beaux yeux mes Rois,
mes Astres et ma Destinée.*

*Bien que ta froideur soit extrême,
si dessous l'habit d'un garçon
tu te voyais de la façon,
tu mourrais d'amour pour toi-même.*

*Vois mille Amours qui se vont prendre
dans les filets de tes cheveux,
et d'autres qui cachent leurs feux
dessous une si belle cendre.*

*Cette troupe jeune et folâtre,
si tu pensais la dépiter,
s'irait soudain précipiter
au haut de ces deux monts d'albâtre.*

*Je tremble en voyant ton visage
flotter avecque mes désirs,
tant j'ai de peur que mes soupirs
ne lui fassent faire naufrage.*

*De crainte de cette aventure,
ne commets pas si librement
à cet infidèle Élément
tous les trésors de la Nature.*

*Veux-tu par un doux privilège
me mettre au-dessus des humains?
Fais-moi boire au creux de tes mains
si l'eau n'en dissout point la neige.*

*Ab! je n'en puis plus, je me pâme,
mon âme est prête à s'envoler:
tu viens de me faire avaler
la moitié moins d'eau que de flamme.*

*Ta bouche d'un baiser humide
pourrait amortir ce grand feu;
de crainte de pécher un peu,
n'achève pas un homicide.*

*J'aurais plus de bonne fortune,
caressé d'un jeune Soleil,
que celui qui dans le sommeil
reçut les faveurs de la Lune.*

*Climène, ce baiser m'enivre,
cet autre me rend tout transi.
si je ne meurs de celui-ci,
je ne suis pas digne de vivre.*

TRISTAN L'HERMITTE

DONDE APARECE EL ARTE DE HACER DE UN TEXTO UN PRETEXTO

En una crónica sobre Gide y Valéry, considerados desde el punto de vista de su común admiración por Goethe, el crítico literario Maurice Nadeau declaró, hace algún tiempo: Escritores nutridos de liberalismo, en momentos en que la democracia triunfante creía posible resolver sin dificultades el conjunto de sus problemas políticos y sociales, aquellos representaban el lujo de ese régimen hoy agonizante: la eminente dignidad del pensamiento que encuentra su finalidad en sí mismo, y se niega a colocarse *al servicio*; la libertad de no oponerse o definirse, que el escritor goza independientemente de todas las presiones exteriores, y en calidad de campeón de sus propios valores: la decisión de no abismarse en una creencia teológica cualquiera, que pueda disminuir y falsear en su origen el libre ejercicio del espíritu. . .

Estas líneas me sirven de pretexto para señalar ciertos caracteres de la crítica moderna; caracteres que en ellas aparecieron, por otra parte, fuera de todo dogma,

casi ingenuamente, demostrando hasta qué punto forman parte integrante de este tipo de crítica.

Ante todo, su tñan de considerar las ideas de un autor en relación con una época — en este caso con un régimen político — en lugar de encararlas en sí mismas, independientemente de las circunstancias en que nacieron, como si las hubieran encontrado, sin fecha, dentro de una botella arrojada al mar. Esto es simplemente la costumbre, característica de dicha crítica, de no evocar la obra de un autor sino relacionándola con el medio de donde él ha surgido, las influencias que ha recibido, su buena o mala fortuna; y aún sus herencias, sus costumbres sexuales, su constitución fisiológica. Por cierto, considerar las obras desde estos puntos de vista puede constituir un gran enriquecimiento para el espíritu; aunque a veces resulte bastante engañoso, como cuando Frédéric Lefèvre pretende explicar el existencialismo en base el escaso brío de sus apóstoles en la alcoba, o Maurice Nadeau deduce la tesis de mi Francia Bizantina de mi fracaso en el Premio Goncourt. Sólo diré que esto es psicología, y no crítica literaria, cuya finalidad es estudiar las obras, no las almas. Refiriéndose a la poesía, por ejemplo, Albert Béguin declara muy justamente que el crítico debe juzgar un poema como obra en sí, y no asimilarse a los Psicoanalistas, que se dedican a descubrir los resortes psíquicos que le dieron nacimiento. El hecho de tomar por crítica literaria lo que no es

sino psicología demuestra una vez más el prodigioso confusionismo inherente a nuestra época.

Uno de los más responsables es Sainte-Beuve; con el pretexto de la crítica literaria, se ha ocupado sobre todo del alma de los escritores, y se ha mostrado poco sensible a lo que Lanson llamaba el fenómeno literario, es decir la obra tomada como un ser en sí mismo, completamente independiente del ser que fué su autor; por ejemplo la tragedia de Fedra, que vive hoy una vida propia, desprendida de la persona de Racine. Bajo este aspecto, es sintomático el número de estudios que el ilustre crítico consagra a autores cuya importancia literaria es nula (mujeres, magistrados, cortesanos, militares), pero cuyos trabajos le permiten retratar un alma; en lo que se refiere a los maestros, se dedica preferentemente a sus producciones secundarias, notas, borradores, cartas íntimas, más bien que a sus grandes obras, a menudo mucho menos expresivas, en efecto, de su psicología. Es una especie de crítica de portería, cuya popularidad es muy elocuente.

Cosa más curiosa aún: la misma posición rige para las ideas filosóficas. En su famoso artículo sobre la Orientación del Racionalismo, Brunschvicg declara que la formación de una doctrina sólo es inteligible si se tiene en cuenta la naturaleza particular de su autor, su temperamento intelectual y físico, su educación, su ca-

rrera. etc. Esto es cierto. Queda por saber si lo que interesa a la filosofía es la formación de doctrinas, o las doctrinas mismas, actuando como tales, e independientemente de su formación.

El fondo de todo esto es que nuestros contemporáneos, —comprendidos aún aquellos de quienes más se podría esperar— no se interesan por las ideas, sino por las personas; cosa evidentemente mucho más conmovedora, por no decir más divertida. Es una forma de su anti-intelectualismo que, desde luego, ha existido siempre entre los escritores laicos.

El texto antes citado me sugiere este problema. Cuando el joven crítico de Combat nos muestra en Gide y en Valéry la creencia en la eminente dignidad del pensamiento, que encuentra su finalidad en sí mismo y se niega a ponerse al servicio, la decisión de no abismarse en una creencia teológica cualquiera, que pudiera disminuir y falsear en su origen el libre ejercicio del espíritu, ¿aprueba o reprueba esta posición? Nada en su artículo nos lo asegura. Creo sin embargo que la respuesta de casi toda su generación sería la siguiente: "No sabemos si esta posición es loable o condenable; tal problema no tiene para nosotros ningún sentido; sólo sabemos que no es el nuestro y lo rechazamos". Llegamos así a una tesis eminentemente expresiva de nuestros contemporáneos: una posición moral no tiene valor en sí sino solamente en la medida en que ella responde a las aspiraciones de aquéllos. Volvemos a encontrar-

la en el plano estético, donde una obra es valorada no porque responda a las leyes eternas, de las cuales alguien declara que no sabe qué son ni qué quieren decir, sino como encarnación de la moda mental de su época; de donde se deduce que la obra de Scudéry es superior a la de Racine; la obra de Charles de Bernard a la de Balzac; que Malraux, como asegura un joven esteta de Confluences, es el más grande de nuestros novelistas porque es el más contemporáneo; que el deber del novelista actual (ver Portrait de Notre Héros, de R. M. Albères) se reduce a ser el portavoz de su generación, a riesgo de que la generación de 1960, que tendrá otro jefe, tire su obra al canasto. En cuanto a los efectos de esta tesis en el orden moral, podremos juzgarlos si observamos que es exactamente la tesis de los nazis, cuando declaran que no saben qué son los valores que trascienden de sus intereses, sino solamente los valores que implican su triunfo. Recuérdenlo sus devotos.

JULIEN BENDA

S U M A R I O

Franc Kafka: Los Perros Musicales — *Fernando Tozzi*: El Fin de Estas Edades — *Albert Camus*: El Extranjero (Fragmento) — *William Blake*: Proverbios del Infierno — *Arturo Jacinto Alvarez*: Evocación de la Soledad — *André Chénier*: La Joven Tarentina — *Condesa de Noailles*: Una Carta de las que no se Envían — *Tristán L'Hermitte*: Le Promenoir des Deux Amants — *Julien Benda*: Donde Aparece el Arte de Hacer de un Texto un Pretexto.
